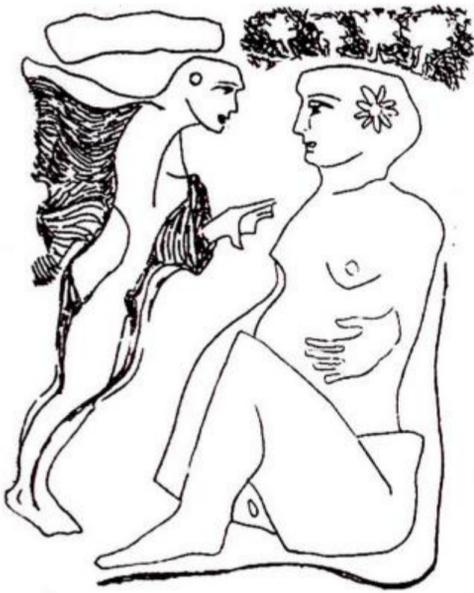


canzar honduras de sensibilidad y suscitar la reflexión. Es un agudo observador, y su historia de exilio, desarraigo y diáspora concluye, con excelso sentido común, que el hogar de uno es uno mismo y que la mejor patria es aquella en donde uno es feliz. Aquellos que hayan disfrutado las atmósferas de nómadas, gitanos y cirqueros de *Trece circos comunes* encontrarán en este texto el tono y estilo mucho más maduros.



El último cuento de la antología, *Lugares para esconderse* de Juan Gabriel Vásquez es la historia de un periodista colombiano que cruza su vida con la de una familia belga. La ambición temática de Vásquez se hace presente en este cuento como en el resto de su obra. Su intención universal y el esfuerzo por incluir, entre otros temas, la amistad, el temor, la infidelidad, la muerte, nos entrega un cuento memorable de notable factura técnica, aunque le falta contundencia.

Aciertos

Lo primero que hay que reconocer y aplaudir es la existencia de un prólogo y el intento de definir una vertiente, así sea provisoria, de la creación literaria en Colombia hoy. También reconocer el que sea una antología independiente, lejos de cualquier segunda intención comercial por parte de la editorial. De los autores presentes en *Cuentos caníbales...* sólo dos han publicado con Alfaguara: Ricardo Silva y Juan Gabriel Vásquez. Uno espera de

cualquier antología que todos los textos sean, en efecto, de "antología". En el caso de este libro, cuatro de los textos no entran en esta categoría, los de Mendoza y Vásquez —que, sin embargo, tienen méritos—, y los más erráticos y toscos de Franco y Gamboa. A mi modo de ver, lo más importante de la selección —y que señala Giraldo en el prólogo— es la nueva sensibilidad creativa que se percibe de parte de los autores. En unos como renovación temática, en otros como revisión de temas tradicionales; por ejemplo, la violencia o los aspectos negativos de la realidad nacional que, si bien no son temas inéditos en nuestra literatura, en *Cuentos caníbales...* aparecen con nuevas variantes y matices. De manera explícita, Álvarez, Badrán y Ordóñez, e indirecta, Noriega y Silva, actualizan un tema recurrente en la tradición colombiana. Quizá no hay en las recientes promociones una nueva actitud con respecto al oficio, pero sí posiblemente un mayor compromiso profesional con la escritura y la decisión, más evidente en algunos, de consagrarse con intensidad a su vocación. Hay mucho camino por recorrer y quedan libros buenos y malos por escribir. Sin embargo, el futuro panorama de nuestra prosa de ficción en las plumas de los autores de los *Cuentos caníbales...* es promisorio.

CARLOS SOLER

Resultado bastante disparejo

Libro del olvido

Francisco Sánchez Jiménez
Fondo Editorial Universidad Eafit,
Medellín, 2002, 97 págs.

En difícil terreno ha querido meterse Francisco Sánchez Jiménez con este libro de cuentos. Son estos catorce relatos un intento de entrar en la conciencia del hombre mismo, de

escrutar el escepticismo del individuo contemporáneo, bajo miradas variadas como la ironía, la reflexión y hasta el humor.

A lo largo de las historias que leemos, habitamos por mundos diversos, algunas veces emparentados con el pasado, algunas veces rayando en la ciencia ficción, todos ellos relacionados entre sí por la manera particular de narrar que tiene Sánchez Jiménez y hasta por obsesiones que se reiteran como presencia constante en el libro.

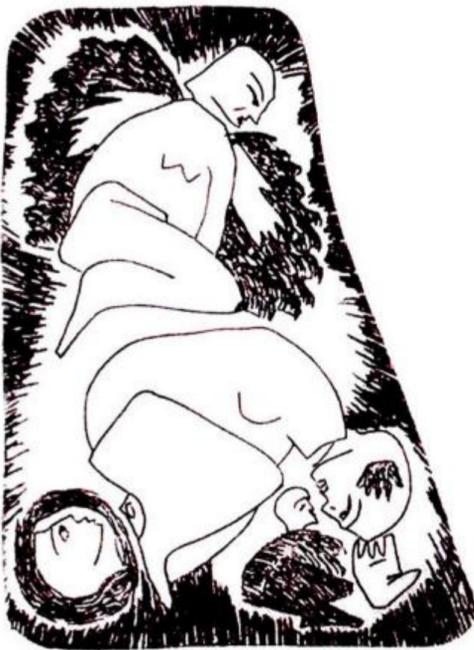
Sin embargo, y a pesar de contar con aciertos notables en elecciones de temas y tratamiento de historias, los textos terminan siendo bastante difusos, pesados y de difícil lectura. Y esto último no tiene que ver para nada con la diferencia que suele hacerse entre literatura como industria del entretenimiento y Gran Literatura con mayúsculas.

Es obvio que estamos ante un libro que no tendrá grandes públicos lectores de ese tipo de lectura de entretenimiento, que para nada descalifico, pues sigo pensando que una de las funciones que tiene la literatura como arte es en parte divertir y entretener, a su manera. Pero tampoco un tono pesado, un manejo confuso del lenguaje es garantía o condición para un tratamiento de un llamado tema universal o, incluso, intelectual. Todo lo contrario: la palabra debe ser vehículo de entendimiento, debe ser luminosa y no hermética y difícil y confusa. Más aún si se trata de un género como el cuento. Y cito:

De alguna de sus teologales argucias.

¿Huía, entonces de la culpa y expiaba? Porque si se acepta la muerte todo es legítimo y, en consecuencia, ni expiación menestaba o sentimiento de culpa cursaba mi inteligencia, alma, o cualquiera de las entelequias ingenidas por el hombre para adscribir territorios espirituales, ajenos a la naturaleza de la cual todos quieren aprovechar pero, a la vez, denigrar como realidad inferior.

Y, en principio, no es que sea un párrafo mal construido; apenas algo hermético. Pero el problema sobreviene cuando toda la narración se encauza así. El texto cansa y la acción se pierde en la retórica. La necesidad que el autor tiene de reflexionar, de pretender llevar todo a su esencia y a la abstracción a la vez, complica la lectura, y no siempre esa necesidad se ve recompensada en el relato. Ese abuso por la pretensión del texto culto, inteligente e intelectual, es falta grave en algunos relatos que uno pierde en tanto juego de palabra, en tanta referencia filosófica y hasta científica: "Dijo que a partir de cualquier segmento de la realidad es posible ingresar a la complejidad de las cosas y, así, a la comprensión objetiva del mundo".



Ya Sánchez Jiménez había escrito relatos de este corte. El libro *Primas personas* —galardonado con el premio nacional de cuento de Colcultura en 1992— tenía ya este mismo corte. Una serie de relatos, unos sobresalientes y otros no, contaminados, en cierta forma, por ese mismo estilo que no alcanza uno a descifrar. Ahora, en este *Libro del olvido*, se evidencia el mismo inconveniente a la hora de leer los relatos.

Y no es que los cuentos no estén bien escritos. Sánchez tiene buena prosa, sabe construir sus oraciones y acierta cuando utiliza la ironía como elemento narrativo. Incluso, si miramos algunos cuentos por separado, fuera del contexto que es el li-

bro, logra narraciones cerradas, que sorprenden, que emocionan e inquietan. Para mi juicio y gusto, relatos como *Enemigo*, *La cátedra* o *Domadora* son bastante bien logrados y tienen gracia e ingenio.

Pero es un resultado bastante disparate a lo largo de las noventa y siete páginas. Me causó bastante curiosidad enterarme del aburrimiento que a veces me produjo la lectura de la totalidad de los cuentos en un libro tan corto. Y creo yo que fue a causa de esa aparente necesidad de Sánchez de reflexionar, de hacer intertextualidad con la literatura misma y con otro tipo de saberes. Y esto último sí que no es afortunado.

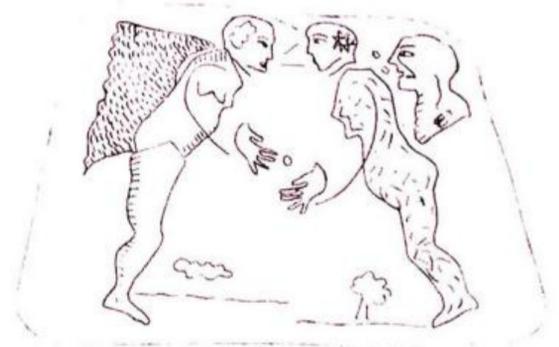
A veces intuyo un número casi insensato de referencias de orden matemático y científico como los fractales, la teoría del caos y el principio de incertidumbre, entre otros asuntos. Y ese tipo de causalidades, la obsesión misma del autor por estos inquietantes fenómenos y teorías, lo llevan a cometer el error ya tantas veces reiterado aquí. Muestra es el cuento *El artífice*.

Porque no es fácil trasladar un discurso de carácter científico, un discurso de las ciencias exactas a la ficción. Muchos de estos conceptos pueden ser bastante paradójicos en sí y son germen de relatos y novelas que no son de uso exclusivo de la ciencia ficción. Pero el abuso de lo paradójico que hay en ellos, el uso indiscriminado puede tener visos de charlatanería y, en el peor de los casos, son juegos truncados que no comunican nada al lector. Muchos de ellos terminan siendo absolutamente impropios, explicables solamente en la conciencia misma del autor. ¿Y qué podemos hacer los demás lectores?

El olvido, que aparece como título mismo del libro, sí es hilo conductor de la lectura. Olvido y memoria, paradoja tan bien utilizada por Borges, son, en casi todos los relatos, detonantes de las historias, que a veces sorprenden. La muerte como una manera del olvido, la ciencia, tan cerca del pensamiento y la memoria, el instinto y la sexualidad, que también

son maneras de olvido y recuerdo, son algunos de los motivos que recorreremos durante la lectura de estos cuentos. Raros cuentos.

Habrán lectores que no podrán atravesar siquiera la mitad del libro. Otros, en cambio, quedarán en gracia por el simple hecho de reconocer la intertextualidad de los relatos —como un juego de mesa de conocimiento o cultura general—, y los más pacientes —entre los cuales no me cuento— seguro encontrarán aquí textos inteligentes, diálogo culto entre ellos y su autor, y tendrán la bondad de traspasar esa prosa rimbombante, barroca, de Carlos Sánchez Jiménez.



Como dato curioso y como cáballa para el que tanto le gusten los juegos con números —como supongo le pasa a Sánchez Jiménez—, es particular que todos los cuentos tengan casi la misma extensión, entre seis y siete páginas. Ninguno una más. Mis pocos conocimientos no alcanzan a entender el sentido de esta paradoja, que además debe haber pasado por el editor para cuadrar las extensiones en el libro impreso.

Espero que usted, como lector, tenga más curiosidad que yo al respecto, que apenas apunto el dato pero no me dice nada más —y tampoco me lo pregunto—, y entienda el tipo de juego que tal vez le proponga el autor. Y espero que lo entienda porque, de lo contrario, encontrará, como yo, uno de esos intentos de comunicación que ha tenido el autor, uno de esos mensajes cifrados que tal vez la única respuesta a propósito esté sola con Sánchez, en el olvido, acaso, como el nombre mismo del libro.

SANTIAGO TOBÓN